

La creación del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano "Manuel Dorrego" y los debates sobre la disciplina histórica.

Stortini y Julio.

Cita:

Stortini y Julio (2013). *La creación del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano "Manuel Dorrego" y los debates sobre la disciplina histórica*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/641>

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia 2 al 5 de octubre de 2013

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 76

Título de la Mesa Temática: Los usos del pasado en la Argentina: producción historiográfica y debates colectivos acerca de la historia nacional (1850-2010)

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Bisso, Andrés (UNLP-CONICET) y Cattaruzza, Alejandro (UBA-UNR-CONICET)

TÍTULO DE LA PONENCIA: LA CREACIÓN DEL INSTITUTO NACIONAL DEL REVISIONISMO HISTÓRICO ARGENTINO E IBEROAMERICANO “MANUEL DORREGO” Y LOS DEBATES SOBRE LA DISCIPLINA HISTORICA

Apellido y Nombre del/a autor/a: Stortini, Julio

Pertenencia institucional: UBA- UNLu

Correo electrónico: julisto@hotmail.com

Introducción

Desde los inicios de la producción historiográfica en el siglo XIX la reflexión sobre nuestro pasado ha suscitado numerosos debates acerca de etapas, procesos y figuras de la historia argentina y sobre los modos de reconstruirla. En todos ellos, de una u otra manera, los participantes buscaron legitimar sus perspectivas sobre el pasado no sólo dentro del espacio académico sino también mediante la convocatoria a un público lector que validara su pertinencia. En la última década, la discusión sobre el pasado argentino y cómo reconstruirlo generó algunos ríspidos intercambios entre historiadores como Luis A. Romero, Tulio Halperín Donghi, Hilda Sabato, Mirta Lobato, Felipe Pigna y Pacho O'Donnell, pero fue en ocasión de la creación por el gobierno nacional del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano "Manuel Dorrego", anunciada en la conmemoración del combate de la Vuelta de Obligado en el año 2011, cuando se generó un virulento debate. Este involucró tanto a los representantes de la historia profesional como a aquéllos que se pueden incluir en el campo revisionista o neorrevisionista, como así también a intelectuales, políticos y militantes de diversa procedencia.

La ponencia tiene por objetivo analizar los argumentos esgrimidos por los contendores para, mediante su sistematización, poder alcanzar un mejor entendimiento de lo que se ha estado discutiendo y plantear algunas reflexiones al respecto. Además del evidente posicionamiento político en varias de las intervenciones, se señalarán los aspectos relevantes de la polémica relativos a la imagen del pasado construida y al oficio del historiador. Entre ellos, se pondrá atención a los criterios profesionales que definen la tarea de un historiador, la función social de la historia, los mecanismos de transmisión de dicho conocimiento y el vínculo establecido entre la tarea histórica y la vida política.

Origen del debate

La crisis de los años 2001-2002 señaló el inicio de una nueva etapa en la vida política argentina. Los acuciantes problemas a resolver y la lenta recuperación del país generaron la búsqueda de legitimación de un proyecto político también en el pasado. Es así que durante el gobierno de Néstor Kirchner se inició una etapa de reconstrucción de una memoria que remitía a un pasado inmediato que no debía olvidarse pero también a

otros procesos históricos más lejanos con los que se pretendía construir una genealogía ligada al presente.

El Bicentenario ofreció la oportunidad al nuevo gobierno de Cristina F. de Kirchner de fortalecer esa búsqueda y de encontrar una nueva funcionalidad al pasado nacional que, para empezar, permitía comparar y diferenciar el presente con ese primer centenario celebrado en un contexto marcado por la inequidad social y la represión estatal de los sectores populares. En el desfile por el Bicentenario aparecía el protagonismo de las masas por sobre cualquier distinción individual: los pueblos originarios, los criollos y los inmigrantes, las gestas colectivas del cruce de los Andes, la Vuelta de Obligado y las Malvinas.

Este interés por construir un relato sobre el pasado argentino que asumía ya perspectivas revisionistas fue convergiendo con la producción acerca de nuestra historia que venía publicándose desde unos años atrás. Efectivamente, desde algo más de una década venía habiendo una profusa literatura revisionista o “neorrevisionista” de gran éxito editorial elaborada, entre otros, por Pacho O’Donnell, Felipe Pigna, Ignacio García Hamilton, Hugo Chumbita, José P. Feinmann y Norberto Galasso. Esta producción que pretendía poner en descubierto una historia “oficial” escrita por los vencedores de Caseros en adelante fue consumida por un público posiblemente sumido en el descontento y el pesimismo ante la creciente deslegitimación de las alternativas políticas. A este público, ávido de hallar en el pasado algunas de las raíces de los males de su época, se le presentaba una historia que, despreocupada de los reaseguros metodológicos y despojada de cierta aridez de la historia profesional, abolía unos mitos para crear otros alternativos. Esta historia ofrecía una accesible serie de relatos de carácter didáctico que dilucidaban el pasado argentino a través de arquetipos y epopeyas. Por su parte, la historia profesional tal vez había pecado de privilegiar sobremanera los aspectos técnicos del oficio y se había desligado (o había rechazado) de la tarea de proveer aquellas respuestas y síntesis históricas que parecía necesitar la sociedad.

Meses después del Bicentenario, al celebrar el combate de la Vuelta de Obligado y declarar el 20 de noviembre como día de la Soberanía Nacional el gobierno afianzó su adhesión a la perspectiva revisionista. En el discurso para esta ocasión, la presidenta consideró que era necesario cubrir una deuda histórica rememorando una epopeya “premeditadamente ocultada desde hace ciento sesenta y cinco años por la historiografía

oficial” y convocó a romper con las cadenas culturales que nos oprimían y a luchar contra los intereses foráneos como habían soñado Rosas, San Martín, Belgrano, Moreno, Castelli, Monteagudo y –como reclamaba el público presente- el propio Néstor Kirchner.

Al año siguiente, la presidenta concurrió a una nueva celebración de Obligado. En su alocución insistió que había que luchar en el plano de las ideas por la soberanía intelectual y por un proyecto de nación que privilegiara el crecimiento económico, la ciencia, la tecnología, la educación y la inclusión. Lo novedoso fue el anuncio de la creación oficial del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano “Manuel Dorrego” (en adelante INMD) dependiente de la Secretaría de Cultura, encabezado por el historiador Pacho O’Donnell y formado por un cuerpo académico compuesto, entre otros, por Jorge Coscia, Aníbal Fernández, Felipe Pigna, Hernán Brienza, Hugo Chumbita, Araceli Bellotta, Víctor J. Ramos, Ana Jaramillo, Enrique Manson, Eduardo Rosa, Ernesto Jauretche y Eduardo Anguita. Pese a que en el artículo 5° del decreto 1880/11 se especificaba que el cuerpo académico debería estar integrado por historiadores o investigadores especializados en temas revisionistas, su composición incluía familiares de conocidos revisionistas, funcionarios públicos, escritores y periodistas que difícilmente podían ser catalogados como tales.

En el decreto se estipulaban los objetivos del INMD: el estudio de personalidades y circunstancias históricas que no habían recibido un reconocimiento adecuado en los ámbitos académicos lo que obligaba a revisar “el lugar y el sentido que les fuera adjudicado por la historia oficial, escrita por los vencedores de las guerras civiles del siglo XIX”. Se apuntaba a investigar la vida y obra de las personalidades argentinas y latinoamericanas que habían defendido “el ideario nacional y popular ante el embate liberal y extranjerizante”, entre ellos: José de San Martín, José G. Artigas, Martín Güemes, Estanislao López, Francisco Ramírez, Chacho Peñaloza, Felipe Varela, Facundo Quiroga, Juan M. de Rosas, Juan B. Bustos, Hipólito Yrigoyen, Juan D. Perón y Eva Perón, Simón Bolívar, Bernardo O’Higgins, José Martí, Manuel Ugarte, Augusto Sandino y Víctor R. Haya de la Torre.

En el decreto se resaltó la importancia protagónica de los sectores populares frente a la interpretación histórica tradicional basada en el papel determinante de los grandes hombres, pese a que ello parecía una contradicción evidente con el cometido principal del INMD que consistía, justamente, en la reivindicación de héroes y grandes personalidades. En el decreto también se planteaba la importancia de la participación

femenina en la historia aunque en el listado sólo se destacara a Eva Perón. Por último, cabe señalar que en el listado de los exponentes del “ideario popular, federalista e iberoamericano” a estudiar, la mayoría de ellos se vinculaba casi estrictamente a la vida política y militar lo que parecía reproducir una vieja tendencia historiográfica ya superada.

Los aspectos que generaron controversia acerca del INMD se pueden centrar, básicamente, en el hecho mismo de su creación como en lo referido a sus competencias fijadas en los artículos 3º, incisos c), f) y j) y en el 4º. Estos artículos se refieren a la colaboración del INMD con las autoridades nacionales y locales e institutos de enseñanza oficiales y privados “para enseñar los objetivos básicos que deben orientar la docencia para un mejor aprovechamiento y comprensión” de las personalidades y temas de los que se ocuparía el instituto además del “asesoramiento respecto de la fidelidad histórica” sobre estos mismos temas. Por otra parte, además de adjudicarle al INMD la organización de los actos oficiales por Manuel Dorrego se le podría encomendar la colaboración en otras celebraciones fijadas por la Presidencia de la Nación.

A todo esto se le sumaba la tarea que debería dedicar a publicaciones, seminarios, congresos, reuniones académicas y de investigación científicas, eventos culturales, creación de museos, archivos documentales, iconográficos y numismáticos, concursos y cursos históricos, literarios y musicales, la cooperación en la conservación de edificios y lugares históricos, como también la realización de investigaciones y seminarios relativos a la participación de la mujer y los sectores populares en la vida del país. Para todo esto el INMD contaría con partidas fijadas en el presupuesto nacional y fondos provenientes de donaciones y legados más los provenientes de convenios con instituciones nacionales públicas o privadas.¹

La respuesta académica

La creación del INMD generó inmediatamente respuestas del arco de los historiadores profesionales. En una declaración que circuló en este ámbito se cuestionó su creación misma desde por lo menos dos perspectivas. Una de ellas, puso de relieve la visible

¹ El INMD ha firmado convenios de cooperación técnica con el Instituto Nacional de Capacitación Política (INCAP) del Ministerio del Interior, con la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos, con el I.U.N.A., con el Fondo Nacional de las Artes, con la C.G.T. oficialista. Recientemente se ha lanzado un Programa Nacional de Revisionismo Histórico desde la Secretaría de Políticas Universitarias de la Nación que busca difundir el debate a través de seminarios itinerantes a ser dictados en algunas universidades públicas.

operación del gobierno nacional de contar con un organismo que sostuviera su mirada histórica pero argumentando -creemos en forma exagerada- que ello suponía imponer un pensamiento único (una historia oficial) contra la necesaria pluralidad de interpretaciones propia de una sociedad democrática. En segundo lugar, se indicaba el desconocimiento absoluto de la producción historiográfica realizada en las instituciones científicas del país que incluían diversos aportes y enfoques sobre diferentes etapas, procesos y figuras, incluso las que eran mencionadas en el decreto. Por último, se rechazaba la recuperación oficial de un discurso revisionista reduccionista y maniqueo que iba contra las bases de la construcción del conocimiento científico.²

La polémica encontró rápidamente su cauce a través de las páginas de los diarios, unos y otros embarcados en una disputa que no ocultaba sus tintes políticos. Desde el diario *La Nación*, Ignacio F. Bracht, partícipe activo en la repatriación de los restos de Rosas, denunciaba al gobierno por querer refundar la historia apropiándose de la rica tradición revisionista. Rechazaba la posibilidad de que este “revisionismo de fantasía” pudiera considerarse heredero de aquél que no había necesitado el aval burocrático estatal. Efectivamente, la creación del Instituto de Investigaciones Históricas “Juan M. de Rosas” había sido producto del esfuerzo de una serie de intelectuales, militantes e historiadores en la década de 1930 ajeno a todo respaldo estatal. Por el contrario, la aparición del INMD ha sido el resultado de la voluntad oficial de alinear detrás de un proyecto político a un grupo de cultores de la revisión y la difusión históricas. No obstante, esto no constituía una excepción si nos remitimos al periplo del revisionismo en los años '70 y, fundamentalmente, bajo el gobierno de Menem.

Si bien el INMD se nutría de algunas de las más tradicionales armas del revisionismo rosista, como la denuncia de una historia “oficial”, liberal y extranjerizante, ahora se identificaba fundamentalmente con el espíritu “nacional y popular” del revisionismo de los años '60 y '70 que, además, reconocía el aporte de autores de la izquierda nacional como Jorge A. Ramos.³ El recurso de denunciar la supremacía de una historia oficial

² La nota “Sobre la creación del Instituto Dorrego” fue firmada por Mirta Lobato, Hilda Sabato y Juan Suriano (UBA) Adhirieron a ella más de doscientos investigadores e historiadores, entre ellos, L. A. Romero, T. Halperín Donghi, N. Botana, L. de Privitellio, B. Sarlo, H. Vezetti, M. Ternavasio, C. Tcach, H. Tarcus, R. Hora, V. Palermo, M. Novaro, D. Macor, J. Myers, E. Pastoriza, D. Lvovich, H. Quiroga, M. Plotkin, O. Pianetto, F. Rocchi, M. S. Spinelli, A. Perselló, C. Bonaudo, S. Gayol, B. Bragoni, A. Gorelik y D. Armus. En consonancia con esta declaración pero en términos más moderados se pronunció la Asociación Argentina de Investigadores en Historia.

³ Como lo afirma uno de sus integrantes, Hernán Brienza (U. de Palermo, autor de *El loco Dorrego*), se buscaba una “mirada nacional y popular (...) un relato plural, moderno, democrático, pero que recupere

que ya en los años '30 se había señalado como uno de los factores responsables de la enajenación de la Argentina podía ser entendible dada la preponderancia de una historia liberal en la escuela, la prensa y la universidad. Hoy en día, esta misma acusación parecía deliberadamente ignorar –como muchos fueron indicando– la diversidad de propuestas historiográficas elaboradas desde la restauración democrática construidas fundamentalmente desde el ámbito universitario, el Conicet y otros organismos oficiales.⁴ Nadie puede dudar sobre los avances desde múltiples enfoques y metodologías que ha habido en los estudios sobre los sectores populares y su cultura, la historia de las mujeres, el movimiento obrero y sus ideologías, la historia rural, la historia de la familia y de la vida privada, la historia intelectual, la historia de empresas, y los estudios sobre la memoria y la historia oral, entre muchos otros, que por lo general nunca habían sido abordados por el revisionismo. Paradójicamente, el INMD se erigía en el futuro constructor de una historia contrapuesta a la que venía siendo realizada por estas agencias financiadas con cuantiosos fondos del Estado.

Desde el campo profesional se indicó que, tanto el revisionismo histórico como la corriente liberal, ya no respondían a las orientaciones múltiples de la disciplina, fundamentalmente respecto al carácter maniqueo (héroes y villanos) que imprimían a su perspectiva histórica. Beatriz Sarlo, por ejemplo, definía al revisionismo actual como “una especie de fósil que vive en el paraíso de los best-sellers” cuya producción, basada en una interpretación simplista y de fácil lectura, hacía combatir a “malos y buenos, elites y masas, pueblos y oligarquías”.⁵

Tulio Halperín Donghi también arremetió contra el INMD y las declaraciones del propio O'Donnell acerca del estado de la historiografía argentina y la supuesta primacía de los historiadores de la Universidad de Buenos Aires seguidores de una versión liberal, porteña, antipopular y antiprovincial. Según su opinión, se ignoraba deliberadamente el crecimiento notable en número y calidad de la producción historiográfica de otras

tradiciones intelectuales y culturales discontinuadas por la acción de las dictaduras militares y miradas posteriores ligadas al liberalismo conservador”. H. Brienza, *Tiempo Argentino*, 22 de noviembre de 2011, p. 36. Dados los fundamentos y objetivos del Instituto Nacional Manuel Dorrego la política celebratoria se desplazaba de Rosas (habiéndose repatriado sus restos, construido el monumento, sancionado el día de la soberanía, etc.) a la figura de Dorrego considerado patriota, federal, defensor de los intereses populares y de trágico final, y a otras figuras argentinas y latinoamericanas.

⁴ Por ejemplo, Hilda Sabato(UBA) planteaba la inexistencia de una historia oficial dado que el Estado Nacional no tenía el monopolio del sistema educativo del país y porque en la democracia primaba la plena autonomía y pluralidad de enfoques en las instituciones universitarias y de investigación. H. Sabato, “Contra toda Historia oficial”, en *Tiempo Argentino*, 18 de diciembre de 2011.

⁵ B. Sarlo, “Puede ser arcaico o puede ser peligroso”, en *La Nación*, 28 de noviembre de 2011.

universidades del país plasmada en las numerosas jornadas y congresos que convocaban a cientos de historiadores. Halperín Donghi creía que este proyecto no necesariamente fracasase en conquistar cierto espacio en el campo historiográfico dentro del clima político de confrontación en que se vivía, pero era optimista al señalar que la saludable solidaridad entre los historiadores profesionales -más allá de su perfil político- podría frenar la embestida oficialista.⁶

La respuesta más enérgica a la creación del instituto fue la de Luis A. Romero sindicado por los revisionistas como representante acabado de la Historia Social y, por ende, émulo de la historiografía liberal-mitrista. Romero creía que se pretendía constituir una verdad impuesta por el Estado al sustituir la historia por la epopeya y al establecer una supervisión de la perspectiva histórica en la enseñanza y en otras actividades. En forma un tanto apocalíptica, Romero alertaba sobre un proyecto totalitario que parecía ser la encarnación de las maquinaciones imaginadas por George Orwell en su novela *1984*. Como Halperín Donghi y tantos otros, Romero calificaba a los integrantes del INMD como narradores de mitos y epopeyas, pero no historiadores. Si bien compartían una visión conspirativa con aquellos revisionistas clásicos (Julio Irazusta, Ernesto Palacio y José M. Rosa), Romero consideraba que éstos por lo menos gozaban de ciertas cualidades de erudición, argumentación, capacidad crítica, y sobre todo, eran reacios a someterse a las solicitudes de los gobiernos.⁷

En diversos artículos, si bien con escasa preocupación por explicar al lector medio en qué consistía exactamente la tarea de un historiador profesional que lo diferenciaba de un *amateur*, se indicaron algunos aspectos de su actividad. En primer lugar, se resaltaba que la historia era objeto de una revisión permanente a partir de los interrogantes suscitados en los historiadores. Las respuestas a ellos no pretendían constituirse en definitivas o en la “verdad” y se alejaban de la construcción de mitos y epopeyas. Para todo ello, era indispensable un trabajo sistemático y riguroso en el archivo que evitara la adopción de conclusiones simplistas y preestablecidas. También se hacía hincapié en la inscripción

⁶ H. Donghi señalaba la poca competencia en temas históricos de varios de los componentes del INMD. Cita los casos de Ana Jaramillo, Araceli Bellotta, Víctor Ramos y Luis Launay. A. Pikielny, “El bisturí que disecciona el Instituto Manuel Dorrego” (entrevista a T. Halperín Donghi), en *La Maga*, n° 3, diciembre de 2011.

⁷ L. A. Romero (UBA). “El Estado impone su propia épica”, en *La Nación*, 30 de noviembre de 2011. Un profesor de derecho constitucional consideraba que la interpretación histórica única y sesgada que se proponía desde el gobierno podía constituir una vulneración a los derechos humanos y a las libertades de opinión y de expresión según la Declaración Universal de Derechos Humanos y la Convención Americana de Derechos Humanos (Pacto de San José de Costa Rica). J. M. Onaindía (UBA), “En defensa del pensamiento plural”, en *La Nación*, 17 de enero de 2012.

institucional de la historia elaborada profesionalmente, que implicaba que los historiadores se sometieran a diversos mecanismos de control: concursos, presentaciones en congresos, publicaciones, etc.

Así quedaban claras dos posiciones enfrentadas que, es menester reconocer, eran anteriores a la creación del instituto pero que ahora, dados los términos del decreto, no dejaban lugar más que a una oposición frontal.⁸ En ello también contribuía el papel jugado por la prensa, embanderada a favor o en contra del gobierno, que atizaba el fuego a través de editoriales, artículos elaborados por historiadores (profesionales o no) y por personalidades más o menos cercanas al quehacer historiográfico e intelectual. Esta visión dicotómica hacía caer en disyuntivas que se creían superadas pero que mal ocultaban la matriz política que configuraba el debate: la producción historiográfica o respondía a los intereses antinacionales o se suponía que era funcional a la ejecución de un proyecto totalitario.

Desde el mismo campo profesional se sumaron otras reflexiones pero con un menor afán combativo. Algunas se elaboraron como respuesta al documento hecho circular por Lobato, Sábato y Suriano. Tanto éstas como otros artículos publicados enfatizaron el apoyo estatal que se venía dando a los estudios históricos a través del financiamiento universitario y del Conicet, como también el espacio concedido a los historiadores profesionales en los medios de comunicación, en los programas de las netbooks entregadas a las escuelas y en los repertorios bibliográficos sugeridos por el Ministerio de Educación. También destacaban la existencia de diversas instituciones apoyadas por el presupuesto nacional como las dedicadas a figuras como San Martín, Belgrano, Brown, Rosas, Roca, Yrigoyen y Perón y alertaban sobre una reacción exagerada que parecía buscar la confrontación directa con el gobierno.⁹ Por otra parte, se afirmaba que no existía una voluntad de imponer una perspectiva histórica única desde el Estado y, por el contrario, existía una amplia libertad y pluralidad de enfoques. Sin embargo, ello no impedía que estos historiadores académicos dudasen del aporte que los miembros del instituto pudieran hacer al acervo historiográfico, dados sus escasos méritos personales o

⁸ Véanse por ejemplo, los artículos de P. O'Donnell y L. A. Romero, "Polémica entre nacionalistas y liberales", en *La Nación*, 18 de noviembre de 2010 y los artículos de J. M. Palacio, P. O'Donnell y M. Z. Lobato y J. Suriano recogidos en *Clarín*, 21 de abril y 5 y 19 de mayo de 2011 respectivamente. También E. Anguita, "Historia y política, Germani y Halperín Donghi", en *Tiempo Argentino*, 3 de noviembre de 2011.

⁹ En estas respuestas se olvida que el INMD no sólo está dedicado a preservar la memoria de Dorrego sino -como se dijo- a una serie de cometidos que apuntan a contrarrestar una supuesta historia oficial.

porque se consideraba que simplemente podía reproducirse una épica en consonancia con la batalla cultural iniciada por el gobierno. En todo caso, consideraban beneficioso el debate en el que los historiadores académicos deberían confrontar sus métodos y argumentos con la avanzada revisionista.¹⁰

Otros historiadores e intelectuales, habiendo o no adherido al documento que impugnaba la constitución del instituto, insistieron también en rechazar el uso político del pasado reclamando por los objetivos científicos de la disciplina y desechando la manipulación política y las visiones simplificadoras promovidas desde el Estado, sin llegar al extremo de denunciar intenciones totalitarias.¹¹ Por ejemplo, Noé Jitrik se sorprendía de la creación del instituto al existir otras agencias estatales de producción histórica y el propio Instituto Nacional de Investigaciones Históricas “Juan M. de Rosas” (“hoy callada catacumba”) donde se podía haber integrado la nueva camada revisionista. Jitrik se asombraba de un instituto (lo denominaba “club de amigos”) cuya creación se justificaba estableciendo de antemano los resultados que se obtendrían. En aras del pluralismo Jitrik postulaba ampliar las oportunidades para que se cobijara también a la historiografía marxista.¹²

Un aporte interesante fue el del historiador Alejandro Cattaruzza al abordar desde otro ángulo un tema que sería repetidamente señalado tanto por los revisionistas como por los historiadores de izquierda. Ambas corrientes reprochaban a la historia académica (sobre todo a la elaborada en la Universidad de Buenos Aires) de arrogarse el monopolio del discurso histórico al aducir una supuesta profesionalidad que aseguraba la neutralidad ideológica y alejaba a la historia de toda manipulación política. Desde ambas posiciones se denunciaba esta impostura dado que ella encubría, por supuesto, definiciones políticas e ideológicas apoyadas en el control de la burocracia académica. En este sentido, Cattaruzza señalaba que la producción de interpretaciones sobre el pasado no sólo correspondía a los historiadores sino también era resultado de escritores y ensayistas,

¹⁰ D. Campi (UNT), “Instituto Dorrego: ¿Ministerio de la Verdad? y R. Fradkin (UBA-UNLuján), “Estado, historia e institutos históricos”; M. C. Bravo (UNT), “Los nuevos sentidos del relato histórico”, respuestas de fecha 5-12-11 publicadas en www.elartefacto.com.ar. Portal de la Facultad de Humanidades-Universidad Nacional del Comahue. Desde otra perspectiva, crítica de la creación del instituto pero dejando abierta la posible contribución del INMD al conocimiento histórico, véase R. Terragno, “Revivir enfrentamientos no es hacer Historia”, en *Clarín*, 11 de diciembre de 2011.

¹¹ B. Bragoni (UNCuyo), “Paradojas de la política oficial sobre el pasado nacional”, en *Los Andes*, 2 de diciembre de 2011. J. C. Chiamonte (UBA), “Historia y Revisionismo”, en *Página 12*, 4 de diciembre de 2011.

¹² En lo que no acertaba Jitrik era en afirmar que el Instituto “Juan M. de Rosas” tuviera una “idéntica filosofía” con los integrantes del INMD. N. Jitrik (UBA), “Instituto: Oh!”, en *Página 12*, 6 de diciembre de 2011.

actores políticos y sociales, medios de comunicación y, por supuesto, los gobiernos que impulsaban conmemoraciones oficiales, instalación de estatuas, políticas museísticas, etc. Esta diversa apropiación del pasado generaba disputas más o menos estridentes que los historiadores necesariamente debían asumir.¹³

La defensa revisionista

El campo “nacional y popular” encontró en los diarios *Tiempo Argentino* y *Página 12* el espacio desde donde replicar la ofensiva “profesional”, aunque en ambos, como también en *La Nación* y *Clarín*, hubo posibilidades para que unos y otros pudieran defender sus posiciones.¹⁴

Como presidente del INMD, Pacho O’Donnell estuvo en la línea de fuego junto con otros integrantes como Hernán Brienza, Eduardo Anguita, Víctor Ramos, Julio Fernández Baraibar, Hugo Chumbita y Jorge Coscia. Con tono épico, O’Donnell inscribía este debate en la “batalla cultural” propuesta por la presidenta. Según este autor, desde 1810 el proyecto oligárquico unido al imperialismo británico y a la masonería internacional había confrontado con el de aquéllos que defendían nuestras tradiciones criollas, cristianas e hispánicas como los caudillos federales y la plebe gaucha. Desde entonces, a la pérdida de soberanía económica y política se le había sumado la cultural. En un gran batiburrillo O’Donnell incorporaba en esta lucha a los pueblos originarios que habían enfrentado la conquista europea (¿pero no había que defender la tradición hispano-católica?), a Rivadavia, a Victoria Ocampo, a los cabecitas negras y al imperialismo norteamericano. Finalmente, O’Donnell clamaba por la “desparasitación del vasallaje cultural” en la sociedad.¹⁵

Todo esto llevaba a O’Donnell a contraponer la historia liberal, oligárquica, porteñista, antipopular y antiprovinciana con la historia nacional, popular, federalista y latinoamericanista. El objetivo del INMD era revisar la historia de Bartolomé Mitre y

¹³ A. Cattaruzza (UBA-UNR), “Los debates sobre el pasado son las polémicas sobre el presente”, en *El Tribuno*, Salta, 5 de diciembre de 2011. Véase, N. Z. Davis, “¿Quién es dueño de la Historia? La profesión del historiador”, en *Entrepasados. Revista de Historia*, nº 14, comienzos de 1998.

¹⁴ El debate se multiplicó en diversas publicaciones, revistas culturales, diarios de diferentes provincias y en diferentes sitios de Internet.

¹⁵ Entre otros temas, O’Donnell arremetía con los deportes de origen inglés y reivindicaba al pato! Para él, el capitalismo neoliberal nos imponía el deseo por lo ajeno a nuestra identidad, por ejemplo, preferir a un viejo rockero norteamericano y convencernos de que las expresiones musicales argentinas eran “grasas” en vez de entenderlas como manifestaciones de los sectores populares. P. O’Donnell, “La Soberanía cultural”, en *Tiempo Argentino*, 27 de noviembre de 2011.

Vicente F. López y sobre todo los “desvíos y enmascaramientos del neoliberalismo historiográfico de hoy”. Para ello había que seguir la estela de Juan B. Alberdi, Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz, Jorge A. Ramos, Rodolfo Ortega Peña, Eduardo Duhalde, Fermín Chávez y J. J. Hernández Arregui, representantes del nacionalismo popular y de la izquierda nacional.¹⁶

Pacho O’Donnell planteaba la necesidad de que el revisionismo saliera de su marginalidad y continuara haciendo lo que hacía ayudado ahora por el patrocinio oficial. Era un resultado natural por la coincidencia del revisionismo y del kirchnerismo en la esencia nacional y popular. O’Donnell rechazaba, por supuesto, la acusación sobre la falta de méritos y títulos de los integrantes del INMD y reivindicaba el carácter de “divulgadores” que permitía que la gente accediera a la historia, a diferencia de la académica que representaba la visión de los sectores dominantes, liberales y autoritarios.

Aquí, O’Donnell y los revisionistas acertaban parcialmente. En todo caso, la marginalidad aludida podía ser académica, ya que O’Donnell con Felipe Pigna, Hugo Chumbita y otros, venían teniendo un importante éxito comercial. Por otra parte, el carácter divulgativo del revisionismo no consistía en poner al alcance de la sociedad los conocimientos reservados hasta ese entonces a un grupo especializado, ni se correspondía a los avances y aportes de la historiografía académica, sino que vehiculizaba una interpretación lejana de los cánones dominantes en la historiografía profesional hábilmente presentada en forma accesible a un público masivo. También habría que señalar que en los últimos años los historiadores profesionales habían empezado a revertir la despreocupación por la divulgación de su tarea, no sólo mediante una literatura más accesible, sino también a través de su participación en los medios de comunicación lo que redundaba en un mayor acercamiento a un público no especializado.¹⁷

¹⁶ Casi un año después, O’Donnell retomaba similares argumentos y declaraba el triunfo del revisionismo dado el reclamo desde las provincias para que sus representantes concurrieran a dictar seminarios y conferencias que ayudaran a “deconstruir la historia porteñista, oligárquica y elitista” y recuperar sus propias historias y los próceres que habían defendido los intereses populares y provinciales. Además, advertía que los historiadores de la UBA y el Conicet se encontraban en franca retirada y desvinculados de la ciudadanía. Ver P. O’Donnell, “El objeto es revisar la concepción liberal” en *La Nación*, 3 de diciembre de 2011, “Historia nacional y popular”, entrevista en *Página 12*, 29 de noviembre de 2011 y “El auge de la historia nacional y popular”, en *Tiempo Argentino*, 16 de septiembre de 2012.

¹⁷ En forma sucinta se pueden citar las colecciones *Nudos de la Historia argentina* (Sudamericana), *Biografías argentinas* (Edhasa), *Claves para todos* y *Claves de la Historia* (Capital Intelectual), Biblioteca Básica de Historia (Siglo XXI), la misma *Nueva Historia Argentina* (Sudamericana), la *Historia visual de la Argentina* publicada por *Clarín*, la *Historia Argentina. Desde la prehistoria hasta la actualidad* de *Página 12* y los programas del canal *Encuentro*. Sobre la divulgación histórica puede

Como se dijo anteriormente, las críticas del revisionismo arreciaron contra el monopolio que pretendía ejercer la historia profesional y sobre todo por parte de los historiadores de la Universidad de Buenos Aires. Una práctica que bajo el ropaje de la “historia social” era acusada de ser la nueva versión de la historia mitrista-sarmientina. Así, Luis A. Romero y Tulio Halperín Donghi fueron convirtiéndose en los blancos preferidos de los revisionistas. Al primero se le llegó a adjudicar que en sus programas se apuntaba a desproblematizar la historia, separarla de la política y a “impedir que los más jóvenes puedan cuestionar nada”.¹⁸ O’Donnell, por ejemplo, aseguraba que no estaba contra la formación universitaria pero sí contra el “romerismo”. Frente a esta historia alienante, consideraba que quedaba todavía mucho por hacer: para empezar, modificar los programas de las escuelas, colegios y universidades. Desbordando optimismo, creía que la visión nacional popular y federalista de la política y de la historia ya se estaba extendiendo a la mayoría de los docentes e investigadores.¹⁹

Recurriendo a una perspectiva “psicologista” Eduardo Anguita, por su parte, acusaba a los historiadores “autotitulados” profesionales (los mitristas de la Academia y los antiperonistas del Instituto Ravignani) por padecer de un complejo de importancia basado en un sistema de castas que les permitía clasificar como “divulgadores” a quienes aportaban otras interpretaciones sobre la historia. Además, padecían de un sentimiento de culpa y de vergüenza por la ausencia de muchos contemporáneos que estaban desaparecidos o muertos por su militancia. Anguita creía que en una época de cambio se debía discutir no sólo la educación, la salud reproductiva, el matrimonio igualitario sino también incorporar al estudio de la historia autores diferentes como Jorge A. Ramos para entender que se debía ir hacia una Patria Grande. Por eso era necesario contar con historiadores profesionales para poder abrir fronteras ideológicas y recuperar las ideas de los luchadores políticos y sociales de los años ’60 y ’70. En varias intervenciones se hacía hincapié en el papel que habían jugado los presidentes latinoamericanos actuales en la

consultarse G. Di Meglio, “Wolf, el lobo. Reflexiones y propuestas sobre la relación entre producción académica y divulgación histórica”, en *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, n° 8, 2011.

¹⁸ Véanse, H. Chumbita, “Hay que actualizar la ideología de la independencia”, en *Tiempo Argentino*, 22 de enero de 2012, A. Horowitz, “¿Nuevos debates o viajes resoluciones?”, en *Tiempo Argentino*, 5 de diciembre de 2011. También se señaló a José. L. Romero y a T. Halperín Donghi como antiperonistas y funcionarios de la Revolución Libertadora. A éste último se le acusaba de falto de profesionalismo al ocultar los muertos producidos en los bombardeos del 16/9/55. Véase, V. Ramos, “Entre pólvora y chimangos”, en *Página 12*, 6 de diciembre de 2012.

¹⁹ P. O’Donnell, “El auge de la historia nacional y popular”, en *Tiempo Argentino*, 16 de septiembre de 2012.

recuperación de las gestas de San Martín y Bolívar y de las propuestas de intelectuales americanos (Jauretche, Rodó y Ugarte) en aras de la integración continental.²⁰

En esta intensa controversia también se produjo el embate de aquéllos que, surgidos de la misma corporación profesional, se ubicaron en el campo rival sin ninguna ambigüedad. En un rimbombante artículo, Alberto Lettieri acusaba a los impugnadores del INMD de haberse divorciado del campo popular, de tachar de autoritario a un gobierno votado por el 54% de la población y de arrogarse el monopolio del saber y la divulgación histórica. A estas “vestales impolutas”, como las definía el autor, se les endilgaba haber pergeñado un relato histórico liberal-aristocratizante que había excluido al peronismo del campo académico y que había privilegiado la investigación sólo hasta 1930. El cúmulo de acusaciones no terminaba allí: se le señalaba haber generado un saber endogámico alejado del compromiso social y de la divulgación y el desarrollo de estudios micro en desmedro de los relatos. En otro artículo del mismo autor, flamante miembro del INMD, denominaba “romerismo” a la línea historiográfica vinculada a la escuela de Annales en la que se había privilegiado una perspectiva profesionalista y desideologizada, logrando controlar no sólo los espacios académicos, los ministerios y secretarías de Educación sino también gran parte de las editoriales.²¹

Entre los artículos que escaparon al mero afán polémico y que intentaban aportar algo de claridad al asunto figuran los de los sociólogos María Pía López y Horacio González. La primera señalaba el vínculo entre presente y pasado y la necesidad de las sociedades de dotarse un pasado bajo la forma de memoria, símbolos, relatos escolares o texturas míticas. López planteaba que la historiografía académica, a la que reconocía como valiosa, al intentar alejarse de las versiones liberales y revisionistas del pasado había encontrado un límite para incorporarse a los debates contemporáneos. De ahí su rechazo a interpretaciones que entendía como amenazas totalitarias a diferencia del

²⁰ E. Anguita, “El revisionismo histórico o discutir la Nación”, en *Tiempo Argentino*, 6 de diciembre de 2011. Jorge A. Ramos es uno de los autores más invocados por su vocación latinoamericanista y también por haber sido citado por el presidente de Venezuela Hugo Chávez. Jorge Coscia entendía que Ramos reflejaba la pugna entre integración y balcanización y por lo tanto era imprescindible leerlo en estos “tiempos de revancha” donde se estaba produciendo un proceso de integración continental. J. Coscia, “Las imágenes y las palabras”, en *Página 12*, 6 de diciembre de 2011. Véase también V. Ramos, *op. cit.*

²¹ A. Lettieri (UBA), “Objetores del Dorrego”, en *Tiempo Argentino*, 5 de diciembre de 2011 y “Enseñanza romerista de la historia”, en *Tiempo Argentino*, 29 de junio de 2012. En coincidencia con las ideas de Lettieri en otro artículo se celebraba la aparición del INMD aunque, paradójicamente, el autor creía que al revisionismo se le podía achacar su simplismo, su nacionalismo esencialista, la escasa sujeción a lo teórico, sus personajes sin claroscuros y la ignorancia de las investigaciones de los últimos treinta años. Sin embargo, el autor creía posible crear puentes entre el revisionismo y la historia profesional. S. Wischnevsky (UBA), “Combates por la Historia”, en *Página 12*, 4 de diciembre de 2012.

neorrevisiónismo que interpelaba a la ciudadanía y proponía un debate que se conjugara con la vida pública. María P. López, sin embargo, advertía sobre el peligro de aceptar un nuevo “relato moral y ejemplar” basado en un nacionalismo empobrecido y en una selección de personalidades a investigar sin un claro criterio y que había llevado a incorporaciones contradictorias como las de Rosas y Artigas o exclusiones no fundamentadas como la de J. M. Mariátegui.²²

Por su parte, Horacio González coincidía en que la producción historiográfica contemporánea se había alejado de las interpelaciones del presente y había fijado su objetivo en la destrucción de mitos. González encontraba que la creación del INMD “viene a evocar un conglomerado subyacente de motivos que serían puntos fijos en la historia, invariantes (...) que deberían suscitar un rescate o una reivindicación” lo que acercaba el oficio del historiador a los recursos narrativos del mito. En los tiempos actuales, donde se trazaban nuevas perspectivas sobre la formación de la nación, González consideraba necesario “abrir las compuertas y dejar entrar la imaginación historiográfica” lo que implicaba tanto alejarse del mito trivializado como de un “profesionalismo monolingüe” que pensaba la historia como “desencantamiento del mundo”. González proponía un mito que no impidiera la comprensión histórica y que facilitara el vínculo del pasado con el presente.²³

La izquierda contra todos

Desde la izquierda independiente y la partidaria surgieron diversas respuestas. Norberto Galasso, antiguo militante de la izquierda nacional y compañero de ruta de Jorge. A.

²² M. P. López (UBA), “La historia en cuestión”, en *Tiempo Argentino*, 2 de diciembre de 2011. También en un tono medido Eduardo Jozami rechazaba tanto el planteo dicotómico de la historia (oficial y revisionista) como el de una versión “única y blindada”. En todo caso habría que esperar la producción del INMD la cual seguramente ocuparía a futuro un lugar junto con la elaborada por otros centros de investigación. E. Jozami, “Historia y Revisionismo”, en *Tiempo Argentino*, 17 de diciembre de 2011.

²³ H. González, “Historia, mito y lenguaje”, en *Tiempo Argentino*, 12 de diciembre de 2011. González reconocía que el contendor a batir era T. Halperín Donghi dado que éste había entendido que la tarea del historiador era la destrucción del mito. González creía que el historiador debía “tratar con los mitos de (y en) la historia” no para refutarlos como “profesionales iluminados” sino para dialogar con ellos. L. A. Romero también recuperaba la función del mito en la política de masas pero como forma fantasmiosa sin anclaje con la realidad. Esto era lo que hacía el relato kirchnerista para movilizar en pos de una causa, de derrotar un enemigo inexistente. L. A. Romero, “Cristina: la primera línea de combate es a la vez la última”, en *Clarín*, 18 de julio de 2012.

Ramos, protagonizó un breve debate con el hijo de éste, Víctor Ramos y con Hernán Brienza, miembros del INMD.

Al rechazar la invitación a incorporarse al instituto, Galasso argumentó estar abocado a la creación de su propio instituto de investigaciones históricas y recordó la falta de coincidencias respecto a diversos aspectos históricos (la Revolución de Mayo, Rosas, Urquiza, Mitre y Sarmiento) con algunos miembros del INMD que se hallaban bajo la influencia “liberal-conservadora” o bajo la “nacionalista-clerical”. Galasso que definía su interpretación histórica como federal-provinciana y latinoamericana o socialista nacional, reconocía que los unía la lucha contra la historia social pero que en esta tarea compartida era mejor marchar separados. Galasso creía que era necesario tener en claro la distancia entre “saavedrismo y morenismo, entre rosismo y ‘chachismo-varelismo’, entre uriburismo e irigoyenismo, entre menemismo y peronismo histórico, entre nacionalismo e izquierda nacional”.²⁴

Otros investigadores y militantes de izquierda, por su parte, coincidían en rechazar la construcción de un relato que legitimara al gobierno a partir del vínculo que se quería trazar con las luchas populares y antiimperialistas del pasado. A diferencia de cómo se posicionó parte de la academia, esta impugnación cuestionaba fundamentalmente la contradicción entre ese relato y el carácter de las medidas adoptadas por el gobierno que favorecía un modelo económico extractivista (por ejemplo, la megaminería) en alianza con el capital extranjero y que había pagado la deuda externa e impulsado la ley antiterrorista.²⁵ Se hacía hincapié en que la creación del INMD era funcional a la reconstrucción de una genealogía que pretendía reeditar el mito de la burguesía nacional que, aliada a los sectores populares y tutelada por el Estado, emprendía la lucha contra el imperialismo.²⁶

²⁴ Las cartas enviadas rechazando la invitación figuran en: N. Galasso, “Galasso le responde a Hernán Brienza y al hijo de Abelardo Ramos sobre el Instituto Dorrego”, en www.agenciapacourondo.com.ar. Véase también, N. Galasso, “La necesidad de revisar la Historia”, en *Tiempo Argentino*, 9 de diciembre de 2011.

²⁵ O. Acha (UBA), “El Instituto “Dorrego” y un revisionismo de izquierda”, en *Herramienta*, www.herramienta.com.ar. J. C. Villarruel (UBA), “Discurso sobre la multiplicación de los panes (la pobreza) y los panteones (los héroes)”; H. Camarero (UBA) y L. Poy, “Revisionismo devaluado. La impostura kirchnerista” y C. Feijóo y A. Rojo, “El revisionismo histórico como ideología gubernamental”. En este último artículo se hablaba de un modelo “semicolonial nativo”. Todos los artículos en “La historia en debate. A propósito de la creación del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico”, *Asamblea de intelectuales, docentes y artistas en apoyo al Frente de Izquierda y de los Trabajadores*, Boletín nº 1, enero de 2012. www.ips.org.ar/wp-content/uploads

²⁶ E. Gruner, “Vuelve, todo vuelve... (para una revisión revisada del revisionismo de nuevo revisionado)”, en *Ibidem*. En este sentido también H. Camarero y L. Poy, *op. cit.*

En algún caso, se mencionaba que este proyecto se basaba en los aspectos más reaccionarios del revisionismo al recuperar a Rosas “caudillo y terrateniente bonaerense” como expresión de una burguesía progresista.²⁷ En otro, se planteaba que la corriente revisionista había abandonado el estudio de las luchas populares construyendo un relato en clave nacionalista burguesa, en coincidencia con la historiografía liberal que en su versión “romerista” introducía una clave modernizadora y democrática.²⁸ Sí coincidían con los historiadores profesionales acerca de los escasos méritos de los miembros del INMD y denunciaban a Pacho O’Donnell por su errática trayectoria política que ahora lo encontraba convertido en adalid del pensamiento nacional y popular.

Así como se atacaba al revisionismo, los historiadores y militantes de izquierda se volvieron contra la historia académica. Prácticamente, en todos los artículos se cuestionaba el monopolio que la historiografía profesional, definida por Camarero y Poy como un *tandem* entre una concepción liberal-republicana y otra socialdemócrata, había impuesto sobre las estructuras universitarias y los centros de investigación. Esta perspectiva coincidía plenamente con la denuncia revisionista en cuanto al control sobre cátedras, institutos, becas, etc. como también acerca de una producción despolitizada y supuestamente científica que había impedido construir, según estos autores, un pensamiento crítico y contrahegemónico.²⁹

El historiador Omar Acha, por su parte, centraba el debate dentro de una perspectiva más amplia que desbordaba el marco meramente profesional. Acha sostenía que el predominio de cierto “estándar progresista” en el campo profesional no obedecía sólo a ciertas influencias o ciertos nombres sino que respondía básicamente a la derrota de los proyectos revolucionarios. Planteaba la necesidad de desarrollar un revisionismo de izquierda frente a la esterilidad tanto del revisionismo kirchnerista como de la historiografía académica. Al primero le criticaba ser legitimador de un proyecto tímidamente reformista que impulsaba un capitalismo neodesarrollista y transnacionalizado. A la segunda, le reprochaba que, pese a la profundización de sus

²⁷ H. Camarero y L. Poy, *op. cit.*

²⁸ Pensar históricamente, “La pequeña guerra de la historia escrita”, en *Pensar históricamente. Pasado, presente, futuro*, n° 2, primer semestre de 2012.

²⁹ H. Camarero y L. Poy sostenían que la polémica había generado un quiebre en el mundo académico ya que muchos simpatizantes del kirchnerismo así como no habían adherido al revisionismo tampoco lo habían hecho a la dura impugnación del INMD. Por su parte, la revista *Pensar históricamente* planteaba la historia como un insumo para la lucha revolucionaria debiéndose replantear la relación entre historia y política ya que la corrección de un conocimiento de índole social debía constatarse en la práctica social misma.

métodos y lecturas, había abandonado la pretensión de construir relatos generales y había rechazado de plano la politización de la historia.³⁰

Lo que no se decía en estos artículos es que, en definitiva, algunas expresiones de izquierda también se habían integrado al sistema aunque ocupando un espacio menor que la corriente dominante que denunciaban. Respetaban los mecanismos de provisión de cargos, becas, subsidios, aquéllos por los que se convocaban a jornadas y congresos como también las normas metodológicas exigidas para la presentación de trabajos y publicaciones. Acha lo admitía en parte al afirmar que, paradójicamente, en una institución reactiva a todo proyecto revisionista (la universidad) se estaba produciendo la mayor masa de pensamiento crítico-radical.

Consideraciones finales

¿El debate sobre la creación del INMD ha resultado fructífero? Las respuestas pueden ser múltiples pero, más allá de que varias de las intervenciones se hayan reducido a cuestionamientos esquemáticos y a antagonizar desde posiciones políticas más que historiográficas, es posible encontrar un aspecto positivo en la existencia misma de la polémica y en la posibilidad de replantearse aspectos claves que hacen a la disciplina.

Uno de los núcleos importantes de la polémica ha sido el que se retomara la discusión acerca de la relación entre historia y política. Con anterioridad, diversos historiadores habían sostenido que una de las características principales de la profesionalización a partir de la restauración democrática, había sido el distanciamiento de la historia con los requerimientos de la política o, por lo menos, con la necesidad de alcanzar explicaciones generales sobre el pasado. En algún caso, ello se atribuía al mismo proceso político que, a diferencia de los años '60 y '70 donde se enfrentaban diferentes proyectos que buscaban ciertos principios legitimadores en el pasado, ahora se descansaba en un pluralismo democrático que disminuía notablemente el espíritu confrontativo. Se interpretaba que había desaparecido la tensión entre la reflexión sobre el pasado y las

³⁰ Acha interpretaba que con la creación del INMD el gobierno impulsaba un modesto revisionismo federalista compatible con la mirada histórica ya instalada entre las clases medias y populares. Este revisionismo se basaba en una visión conspirativa y organizada a través de contraposiciones morales que facilitaba su comprensión emotiva.

demandas políticas y sociales del presente. La práctica historiográfica se había centrado en el respeto a un canon metodológico estricto que, en aras de la rigurosidad, impulsaba a la especialización y a la fragmentación del objeto de estudio evitando o descuidando la elaboración de interpretaciones globales del pasado y de hallar un sentido general a ese proceso. Esto conllevaba la desaparición de debates que, si para algunos historiadores carecían de sistematicidad histórica y, en todo caso, sustituían un panteón por otro, para otros conducía a una pérdida significativa ya que esas polémicas, pese a no ajustarse totalmente a las reglas de la producción académica, podían echar cierta luz para el entendimiento del pasado.³¹

En el debate se manifestaron esquemáticamente dos formas de entender la disciplina: una, a partir de un proyecto académico que funda sus pretensiones y su legitimidad en el quehacer científico, en la crítica de los grandes relatos y que cree contribuir en cierta medida a la iluminación de aspectos del presente y de pensarlo críticamente y, otra, desde un proyecto intelectual que pretende elaborar una explicación de conjunto, cuya legitimidad se desprende de su funcionalidad política más que historiográfica y de su recepción y apropiación por parte de un público más amplio. ¿Es posible una convergencia entre estas dos formas de hacer la historia? ¿O se está ante dos interpretaciones históricas que parten de criterios, procedimientos, normas, objetivos, lenguajes y públicos disímiles que impiden todo entendimiento? Una respuesta a esta última pregunta podría estar dada por el libro que editó O'Donnell que reúne una primera manifestación de la producción colectiva de los miembros del INMD. Prácticamente, todos los trabajos son aproximaciones de tipo ensayístico que reiteran las muletillas interpretativas del revisionismo y no aportan novedades significativas.³²

³¹ Véase, por ejemplo, el artículo de L. A. Romero, "La historiografía en la democracia: Los problemas de la construcción de un campo profesional", en *Entrepasados. Revista de Historia*, n° 10, comienzos de 1996. Allí, Romero señalaba los progresos notables de la producción pero advertía sobre la amenaza del conformismo y la falta de debates en la historiografía profesional. También R. Hora y J. Trímboli, "La virtudes del parricidio en la historiografía. Comentario sobre la mirada de Ema Cibotti a la 'generación ausente'", en *Entrepasados. Revista de Historia*, n° 6, principios de 1994. Los autores planteaban que la historiografía que se estaba elaborando carecía de núcleos problemáticos que orientaran el crecimiento "coralino" de la producción. Advertían que se estaba cayendo en un nuevo positivismo factual donde se dejaba de lado la búsqueda de un sentido a los procesos históricos. Véase también F. Devoto, "Notas sobre la situación de los estudios históricos en los años noventa", en *Cuadernos del CLAEH*, 1994.

³² En cuanto a la función de la historia pueden consultarse, AA.VV., *Historia, ¿para qué?*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1984 y J. Cernadas y D. Lvovich (eds.), *Historia, ¿para qué?. Revisitas a una vieja pregunta*. El libro editado por O'Donnell apunta a dejar constituida la "doctrina de la historiografía nacional, popular y federalista" ya no como revisionismo sino como un "conjunto de principios, objetivos y particularidades" que le otorgan un espacio propio ante la historiografía académica y otros revisionismos. De sus dieciséis capítulos, la mitad aproximadamente se dedican al análisis e historia del revisionismo y de la izquierda

Ante la imposibilidad aparente de construir un espacio de encuentro entre el revisionismo y la historia profesional es útil remitirse a la pregunta de N. Z. Davis, ¿quién es el dueño de la Historia? La autora remarca el desafío de los historiadores frente a la necesidad y estímulos que lleva a la gente fuera de la profesión a aprender y relatar el pasado. Por otro lado, afirma que existen numerosas formas de enseñar y representar el pasado a través de la televisión, los museos, el cine, los festivales, muchas veces desde la idealización nostálgica o de la falsificación interesada. Pero, además, N. Z. Davis sostiene que el historiador debe interactuar críticamente en el debate con versiones no profesionales en tanto no hay un divorcio absoluto en la forma de buscar evidencia y contrastarla.³³

Seguramente, éste es el desafío que los historiadores deben afrontar que se vincula directamente con la divulgación histórica. Los avances de la disciplina seguirán difundándose a través del sistema educativo, mediante los manuales escolares que puedan elaborar los historiadores profesionales y la formación de los nuevos docentes, y por medio de una literatura más accesible que se combine con el aprovechamiento de los medios masivos de comunicación. No obstante, hay mucho camino por recorrer. Por ello, se ha sugerido que las carreras de Historia deberían contemplar en su currícula la capacitación en los mecanismos de la divulgación histórica.

En definitiva, desde el campo profesional habría que repensar por qué razón el revisionismo -en sus diversas manifestaciones- ha sido el “sentido común histórico” de una parte importante de los argentinos. Tal vez, hoy en día, nuevamente el revisionismo tenga esa capacidad de ofrecer una imagen de nuestra historia –seguramente simplista- que permite iluminar a una ciudadanía situada entre un traumático pasado reciente y las esperanzas de un futuro venturoso.

nacional y a la reseña del papel jugado por los intelectuales y los movimientos inscriptos en el pensamiento nacional enfrentado al colonialismo cultural. Otros artículos reiteran los temas tradicionales del revisionismo: el imperialismo británico y la oligarquía local, los caudillos federales, Rosas y la epopeya de la Vuelta de Obligado, la guerra del Paraguay y la Patria grande. P. O'Donnell (ed.), *La Otra Historia. El Revisionismo nacional, popular y federalista*, Buenos Aires, Ariel, 2012. Además del propio editor, colaboran F. Pigna, H. Chumbita, E. Anguita, A. Bellotta, H. Brienza, A. Jaramillo, V. Ramos, F. Del Corro, P. J. Hernández y E. Manson entre los más conocidos.

³³ N. Z. Davis, *op. cit.*

<http://interescuelashistoria.org/>